

En el otoño de 2014 aparecieron en las redes sociales imágenes de un payaso que recorría las calles de Gijón durante la noche.

Su aspecto siniestro y maléfico generó inquietud entre los vecinos de la ciudad durante semanas y alcanzó repercusión en medios de comunicación de todo el país. Finalmente, el asunto concluyó con una serie de fotografías que lo mostraban ahorcándose de un árbol.

Se hacía llamar *Gijón Clown* y no era más que una broma de un grupo de amigos.

Esta novela parte de aquellos hechos reales para adentrarse en la ficción.

Todos los personajes que aparecen en las siguientes páginas son invención del autor.

Pero no es ninguna broma.

—Si no sabe sacar el balón, no ye un buen central. Y punto.

—Calla, ho. Un defensa lo que tién que hacer ye defender. ¿Tú qué quiés, a Beckenbauer?

—Nun taba mal.

—Cagonmimanto, ¡qué babayu yes! ¡Ponme otro, anda, que ye pronto!

En realidad, para Tino no hay pronto ni tarde. Para Tino no existe el tiempo. Todos los días son el mismo día. Desde que enviudó de Marisa, hace siete años, no tiene nada mejor que dejar que se sucedan las mañanas y pasar las tardes acodado en la barra de La Panera discutiendo con Milio, que a ratos lo odia y a ratos no puede vivir sin él, como siempre sucede entre dos personas a quienes una barra une y, al mismo tiempo, separa. Éste le sirve otro vaso de cosechero bien cargado porque su cliente más fiel no bebe sidra, ya hace suficientes visitas al servicio sin ayuda exterior.

—Qué pinchu quiés.

—Un bollín.

Milio coge las pinzas metálicas, comprueba de camino la prestancia del muelle oxidado y sobre un platito blan-

co descascarillado coloca uno de los bollinos preñaos que Vitina prepara todas las mañanas a eso de las ocho y cuyo olor a chorizo horneado se esparce como el polen en primavera por la calle Juan Alvargonzález despertando a los vecinos más remolones. La discusión podría quedar ahí, pero ambos necesitan un mediador internacional.

—¿Tú qué dices, cazurro?

Tino se dirige a un hombre sentado a una de las mesas de formica del fondo, de espaldas a ellos y de cara a un calendario de hace siete años de hojas engrasadas. Va vestido con una camisa a cuadros azules y amarillos remangada por los antebrazos, unos desgastados vaqueros y esos mocasines castellanos demasiado informales para una boda y demasiado elegantes para una partida de mus. Los rizos entrecanos han precisado recientemente de la intervención de un peluquero tenaz, pero algún tirabuzón asoma por la frente y llega incluso a tocar las achatadas gafas de lectura con las que, colocadas sobre la punta de la nariz arrugada, lee con parsimonia *El Comercio* mientras disfruta de un vaso de Dyc del tiempo. O sea, frío. Porque es enero y hace un biruji de mil demonios en Gijón.

—Ya lo dijo Preciado en su día ¿no?, que en paz descansen. Somos el Sporting, no el Bayer Leverkusen.

Tino asiente, señala con el dedo la espalda encorvada del cazurro y alza las cejas mirando a Milio.

—Ya lu oíste.

El camarero y a la sazón dueño de La Panera no opone resistencia. Son dos contra uno y él siempre ha sido un demócrata convencido, incluso (o sobre todo) cuando no era muy conveniente serlo. Aun así, da un trago al vaso mediado de Napoleón que siempre tiene bajo la barra, al que

acude cada cierto tiempo para evadirse de la triste realidad que contempla desde su atalaya, y masculla algún comentario entre dientes que sus camaradas oyen pero dejan pasar como a una buena oportunidad. Va al otro extremo del bar, cerca del ventanal, y comienza a pasar la bayeta por el acero inoxidable rayado tras años de dejar sobre él platos, bandejas, tazas, tenedores, vasos de sidra, codos. Qué puntiagudos tienen los codos algunos borrachos, piensa. Y se ríe para sí mismo, que es una forma como cualquier otra de llorar para el resto del mundo. Coge un manajo de mandos a distancia y tras un complicado ejercicio de álgebra lineal y equilibrismo dactilar logra encender la televisión y sus aparatos adyacentes. En media hora comienza el partido y, poco a poco, en un goteo lento pero constante, irán llegando los parroquianos habituales. La Panera no es un lugar de moda, es un sitio al que vas o no vas, pero durante toda la vida, como la iglesia o el váter. La de hoy es una cita menor, la ida de los octavos de final de la Copa del Rey, pero juega el Madrid y eso siempre garantiza, como mínimo, media entrada en el bar. Puesto que es jueves, los pocos que quedan aún con trabajo en el barrio y tienen que madrugar mañana verán sólo la primera parte, tiempo suficiente para tomar una botellina, un plato de bígaros o, si la cosa se anima, una ración de queso de Pría o unos calamares recién pescados por Milio en el fondo escarchado del congelador. Muchos saldrán a fumar cada cinco minutos no muy lejos de la puerta donde se formarán corros en los que hablarán de lo mismo de siempre, nada que se pueda recordar ni olvidar, pero sin apartar en exceso la mirada de la pantalla desde el otro lado del cristal. El gol del siglo puede sorprenderles en cualquier momento y estaría feo perderselo.

Quien no se quedará a ver ni siquiera la primera parte es el cazurro, que ha limitado su pasión futbolística al Sporting, si puede llamarse fútbol lo que perpetra la muchachada de Mareo. Por esa razón, a las ocho menos diez cierra el periódico, lo dobla, se levanta, se quita las gafas, las guarda en el bolsillo de la camisa y deja sobre la barra un billete de diez euros para pagar su Dyc y los cosecheros de Tino.

—Quédate con la vuelta.

—No sobra nada —apunta Milio.

—Por eso.

Tino y el cazurro se ríen como niños. Los niños que nunca fueron. Miran hacia el exterior, hacia el local de enfrente, donde hace años estaba la vieja ferretería Benidorm. Parece que hay movimiento.

—¿Qué van a poner ahí?

—Ni idea —responde Milio—. Nadie sabe nada. Ye un misterio.

Un misterio escondido tras papel de estraza. Secretos que los albañiles, pintores y nuevos propietarios del local se dicen al oído. Qué extraño. El cazurro echará de menos la ferretería Benidorm, donde acompañaba a su padre de niño, en cuya trastienda una vez vio una rata del tamaño de una Vespa. Y ese nombre tan exótico en el barrio, que siempre causó perplejidad y chanza entre los vecinos... Nadie entendía por qué Concha y Julián, los ferreteros, habían elegido Benidorm cuando no habían viajado más allá de Valencia de Don Juan, el pueblo donde pasaban los veranos. Jamás habían dado pista alguna sobre el motivo de su elección hasta que, el mismo día de la jubilación, echaron la llave, cogieron los bártulos y fueron a retirarse a dicha

ciudad, tan fea para los amantes de la arquitectura como atractiva para los fanáticos del bingo.

Secretos. Este barrio ya no es lo que era, aquí nunca ha habido misterio alguno, la vida siempre se sacudió por la ventana a la vista de todos como una manta vieja, piensa el cazurro, también conocido como Castro, pero no se lo transmite a sus amigos porque carece del tiempo necesario para iniciar un debate difícil de concluir en el que la nostalgia, los recuerdos y ese dolor de barriga llamado porvenir acabarían por colisionar sin otro resultado que una nueva copa, un rato de silencio, una despedida amarga. Se limita a cabecear y enfila hacia la puerta.

—Taluego, chatos.

—¿Cómo no te quedas a ver el partidín? —pregunta Tino sin volverse, no por desprecio sino por un tirón en las cervicales que trata de aliviar con generosas dosis de tinto e ibuprofeno.

—Hoy no puedo. Me espera la rubia.

La rubia dejó de serlo hace años. Lo era, desde luego, cuando Castro la conoció, en esa habitación que un día cerraron a cal y canto llamada juventud, pero poco a poco, sin que se percataran, la melena se fue oscureciendo, como el futuro de la ciudad en la que viven. Al principio lo ocultaba con tinte, pero una mañana de hace ya un par de décadas se levantó como todos los días para ir al trabajo y, al enfrentarse al espejo, allí la vio recia y firme, segura de sí misma, avanzadilla de una tropa que se aproximaba. Aquella cana le indicaba de manera inconfundible, como la flecha de una veleta, la realidad que le esperaba. Decidió corresponder a la misiva del tiempo prescindiendo de los potingues y la visita mensual a la peluquería y ahora la rubia tiene el pelo gris, una melena nublada.

Castro y la rubia llevan, por cierto, casados casi cuarenta años y todo parece indicar que van a seguir así una larga temporada.

Hoy él se siente cansado, las molestias en una muela y el dolor en la frente, como si se la presionaran con una llave inglesa, evidencian la incubación de una gripe que durará días, puede que una semana a tenor de los precedentes.

Todos los inviernos cae, pero se niega reiteradamente a vacunarse. Al hospital le gusta ir como a casa de unos parientes lejanos: un ratón y de visita. Sabe que debería meterse en la cama para prevenir males mayores, pero el Dyc le ha anestesiado lo suficiente y tiene que cumplir con la rubia, que lo ha citado a las ocho en la puerta del Barjola para ver una exposición de fotografía y no quiere decepcionarla aunque tenga la sensación de que se inauguran más exposiciones que jueves hay en el calendario y ésta tenga para él tanto interés como todas las anteriores: ninguno.

Recorre como un fugitivo, con las manos en los bolsillos del abrigo y andar apresurado, las calles vacías del centro de la ciudad. La mayoría de los comercios han cerrado ya sus puertas —algunos volverán a abrir mañana, otros no lo harán nunca— y la escasa gente que aún no se ha recogido se agavilla en los bares con la excusa de resguardarse del orbayu a la espera en realidad de que comience el partido y puedan descargar sobre el mal juego del Madrid sus frustraciones. Cuando llega a la puerta del museo, hay un corro de jóvenes vestidos de negro que se pasan un porro de marihuana en silencio. A unos metros, inmóvil, con su largo chubasquero rojo de charol, la rubia, que le sonrío al verlo aparecer.

—Llegas tarde —le dice.

—Cinco minutos, mujer.

Se besan.

—¿Has pasado por casa?

—Un momentín, para coger esto. No sabía que iba a llover.

—Pareces nueva, Mayte.

Ella se agarra del brazo de él y echan a andar hacia el interior del museo. Atraviesan el grupo de jóvenes sin que

éstos dejen de mirar el horizonte oscuro que ante ellos se despliega y que bien podría ser su futuro aunque se trata en esta ocasión, y sin que sirva de precedente, del alborotado Cantábrico que siempre pide su cuota de protagonismo en una ciudad que le debe todo y nada le da.

La exposición es en la sala abuhardillada del segundo piso y Mayte le explica que se trata de un joven fotógrafo asturiano, una de las mayores promesas del género.

—¿Del género masculino?

—Del género documental, listillo.

Castro lee la biografía del artista. Nacido en 1977. Si no ha perdido del todo sus facultades intelectuales, tiene treinta y ocho años.

—Dijiste que era joven.

—Para el arte, sí.

—Ya, para el arte.

A continuación lee el texto explicativo de la exposición. No entiende nada. Vuelve al comienzo. Tampoco hay suerte. Comprende cada palabra y admite la corrección y el sentido de la estructura gramatical. Hay sujeto, verbo y predicado. Hay adjetivos a punta pala. Hay adverbios por doquier. Pero nada. No logra comprender su significado. Acude a la experta.

—¿Qué coño quiere decir «tratamiento orgánico de la realidad difusa en el entorno cercano»?

—Quiere decir lo que dice.

—Pues no lo entiendo.

—No te puedo ayudar, entonces.

Castro suspira. La rubia tira de su renuente marido y comienzan a ver la exposición en el orden que las flechas indican, por más que Castro sea incapaz de entender su ló-

gica. Son imágenes de corte documental que reflejan escenas de la vida cotidiana en pueblos del interior de Armenia, país en el que siempre hemos estado muy interesados, bromea Castro con malicia pero también con ingenuidad, sin prever el codazo de la rubia al costado. Curiosamente, los lugares que se muestran no parecen tan distintos a cualquiera de las afueras de Gijón y Castro se entretiene imaginando dónde podrían haber sido tomadas las fotografías: esto podría ser una casa de Deva, aquello una carreterina de Porceyo, esa fuente me suena, va pensando mientras ve las imágenes de pasada, sin pararse ante ninguna de ellas, como si fueran diapositivas. Mayte coge de una mesa acristalada el folleto y se lo pasa a su marido, que lo guarda en el bolsillo del abrigo sin mirarlo.

—¿No lo lees?

—Ya me lo cuentas tú.

La rubia, al contrario que Castro, se detiene varios minutos ante cada fotografía. No lo hace por esnobismo, no hay nadie más en la sala que pueda atestiguar su presencia allí, sino porque verdaderamente disfruta de la contemplación de las imágenes. Mientras tanto, él observa las vigas del techo —que precisan de una mano de pintura—, lamenta la ausencia del vino español —los malditos recorres— y mira por el ventanal la casa vecina en la que una chica se prepara la cena —una ensalada selvática— en una diminuta cocina de azulejos amarillos, no por decisión estética, sino por acúmulo de grasa. En su dispersión, tan vaga como relajante, silba una espantosa canción que ha escuchado tan repetidamente en la radio los últimos días que, muy a su pesar, se le ha pegado. *Feliz con lo que tengo, feliz con lo que siento.* Así pasa varios minutos, en la ino-

pia, hasta que la rubia se acerca y se cuelga de nuevo de su brazo.

—¿Qué te han parecido? —pregunta.

—Me gustan.

—¿Nada más?

—Me gustan... mucho.

—¿Eso es todo lo que puedes decir?

Castro se encoge de hombros, carece de los adjetivos y adverbios que abundan en el mundo del arte y de inmediato se revuelve en el interior de su chaqueta, víctima de un escalofrío que no puede ocultar y que le devuelve a su griposa realidad.

—No me he fijado mucho, la verdad. ¿Y a ti? ¿Qué te ha parecido?

—Estupenda. Sobre todo esa manera aparentemente inocente de alejarse del enfoque habitual, de la mirada predominante. Es como si observara la realidad a través del ojo de una cerradura.

Castro no responde. Le ha parecido que lo del ojo de la cerradura es un lugar común, un cliché, pero no quiere ponerse pedante con la rubia porque, entre otras razones, no se ve con fuerzas para defender sus argumentos y ella lo aplastaría sin más miramientos. Resulta evidente que tiene mala cara y Mayte le pone con un gesto maternal la palma de la mano sobre la frente, aunque él trata de resistirse.

—Tienes fiebre.

—Eso creo.

—¿Has ido al médico?

Los dos saben que no ha ido ni irá, por lo que callan y otorgan.

—Ya. Venga, vamos a casa —concluye la rubia.

Salen del museo y esta vez es el hombre quien va colgado del brazo de su mujer, cada vez más postrado por la gripe incipiente. Ya en la acera, los miembros del séquito del artista abren el círculo con el que lo arropan para dejar salir a la pareja, únicos asistentes a la inauguración que no eran familiares o amigos del nuevo genio en ciernes. Ni siquiera ha acudido la prensa, tan perezosa siempre en lo relacionado con la cultura, sobre todo si existe una coincidencia temporal con esa extraña cosa que la civilización sin saber muy bien cómo ha engendrado hasta casi devorarla y que hacen llamar fútbol. Cuando ya los han dejado atrás, uno de los chicos, escuálido cuando no tísico en el interior de un largo abrigo negro, se dirige a ellos:

—¡Disculpen!

Ambos se vuelven. Ven su rostro blanquecino, una palidez que no es consecuencia de horas de encierro bajo la luz mortecina de un flexo, ni siquiera por genética, sino porque es su actitud ante la vida: es macilento de la misma manera que otros son rebeldes, altruistas o fanfarrones.

—¿Qué pasa? —pregunta Castro.

—¿Qué les ha parecido la exposición?

—¿Eres el artista? —la rubia.

—Sí, soy yo.

—Me ha gustado —se adelanta Castro cuando su mujer ya había abierto la boca para hablar—. Sobre todo esa manera aparentemente inocente que tienes de alejarte del enfoque habitual, de la mirada predominante. Es como si observaras la realidad a través del ojo de una cerradura.

Se hace el silencio. El muchacho parece cohibido ante una explicación que enaltece su obra, que incluso supera su concepción del arte al que, probablemente, ha llegado más

por instinto que por estudio, más por intuición que por horas de biblioteca, y Castro, antes de darle la oportunidad de iniciar una conversación que no quiere mantener, levanta la barbilla a modo de despedida y echa a andar tirando de la rubia.

—¡Tendrás jeta! —dice ella entre risas.

—Vamos. Me encuentro fatal —responde él apurando el paso bajo la lluvia.